

Las revistas literarias hoy: un reto ante la desertización cultural

Ana Nuño¹

Cuando se plantea una reflexión sobre las revistas literarias en España dentro del panorama cultural actual, impera distinguir entre dos marcos institucionales a los que puede pertenecer una publicación de este tipo: el grupo de prensa que asegura la supervivencia de la revista, o bien la independencia –caso de *Quimera*–, que supone el enfrentamiento a diversas dificultades, entre las que la económica no es la menor.

El hecho de ser directora de una revista independiente supone *a priori* una elección entre seguir la estela de lo que hacen las revistas culturales que adoptan una crítica institucional, o bien arriesgar proponiendo una plataforma crítica alternativa, que rescate valores literarios que son desconocidos y autores contemporáneos ninguneados por el gran mercado. La opción de *Quimera*, desde sus orígenes de la mano de su fundador Miguel Riera, ha sido sin duda alguna la segunda, buscando siempre una crítica más rigurosa que elitista.

Sin embargo, los problemas a los que se enfrenta una revista literaria no son simples y el hecho de que la cultura hoy sea un fenómeno minoritario, desde las más jóvenes generaciones, es una clave para entender la dificultad de la supervivencia de este tipo de publicaciones en general. En este sentido, la falta de receptor se convierte en un verdadero problema. Si buscamos las causas de la carencia de un verdadero interés por la cultura, debemos reparar en varios factores: desde los planes de reformas de humanidades que resultan a todas luces ineficaces, hasta la insuficiente red de librerías. Incluso en la misma dinámica de venta que siguen los quioscos, que relegan las revistas especializadas para mostrar más directamente al público otras más sensacionalistas, se puede apreciar que la distribución es pésima en la mayoría de los casos. Este contexto deriva en una situación que puede definirse como de desertización cultural. Todo ello incide en la percepción negativa que tiene el público del fenómeno cultural, por el simple hecho de que la cultura no es visible. Ante estas cuestiones, la preocu-

¹ Directora de *Quimera* hasta septiembre de 2001. [Declaraciones recogidas y transcritas por Blanca Bravo Cela].

pación fundamental de quien dirige una revista especializada es cómo conseguir que los fenómenos culturales tengan una mayor visibilidad en un contexto abiertamente desfavorable. Ésta es la batalla más ardua que ha de librar una revista literaria en la actualidad.

Afortunadamente, *Quimera* se enfrenta a esta dificultad porque dispone de un elevado porcentaje de suscriptores que, fidelizados, compran los números sin necesidad de desplegar un gran aparato publicitario. Aunque es cierto que en ocasiones es necesario incentivar al comprador potencial y circunstancialmente se hacen regalos —el *compact* con la voz de Carmen Martín Gaité fue un obsequio que resultó muy bien acogido—, el mercado es curioso y nos sorprende con satisfactorias puntas de venta en números que ofrecen un *dossier* atrevido, como lo fue el referido a la literatura albanesa, por ejemplo. Estos fenómenos nos demuestran que contamos con un margen para la exploración porque, afortunadamente, hay un sector del público que responde.

Un modelo importante en *Quimera* desde que la dirijo ha sido *Magazine Littéraire*, que apuesta por un *dossier* fijo en cada número. Este tipo de *dossier* hace que el lector encuentre un punto de referencia para una curiosidad que se ve saciada en pequeñas porciones, ya que en cada número se le ofrece un panorama amplio sobre un tema concreto que le suscita una curiosidad permanente por los contenidos de la revista. Otra sección, «La mirada teórica», ejerce una divulgación teórica práctica, es decir, no tanto desde un punto de vista de la manifestación de la teoría pura, sino desde la perspectiva de la aplicación de ciertos instrumentos metodológicos.

Estas secciones del *dossier* y de las páginas teóricas ofrecen panoramas que analizan con profundidad cuestiones concretas y que matizan temas, que quedan sólo esbozados en los suplementos culturales de los diarios. A su vez, salvan la caducidad que confieren las reseñas de actualidad y ofrecen un contenido perdurable que convierte a la revista en un punto de referencia para estudiosos.

Aquí debemos plantearnos la cuestión de la convivencia de los suplementos y las revistas especializadas. Indudablemente hay que distinguir el valor de ambos vehículos, puesto que mientras que el suplemento ejerce una función inmediata de vitrina de novedades, la revista ofrece una visión más compleja y rica de fenómenos de más amplio calado.

Lo preocupante en la España actual es que el lector concede mayor importancia al suplemento periodístico que a la revista —en la mayoría de los casos tiene suficiente con la lectura del suplemento—, cuando debería

entenderse que no son incompatibles, sino todo lo contrario. En realidad, deberían contrastarse opiniones y enseñanzas en un momento en que uno de los problemas del suplemento es el deseo de canonización que pulula en sus reseñas. Precisamente por estar vinculada al diario, tribuna opinable en definitiva, la reseña periodística es dada al debate. Sin embargo, se erige en un canon pretendidamente riguroso, que raya la urgencia, al convertirse en un puente directo que enlaza la opinión del crítico con la enseñanza de la literatura contemporánea en la universidad. Pongamos un par de ejemplos. Valores como Jose Ángel Valente y Juan Goytisolo son puestos en solfa por críticos de peso en los suplementos literarios. En estos casos, *Quimera* se quiere una plataforma que ejerza un cierto contrapeso contra opiniones contundentes, ya sea en sentido positivo o negativo.

En cualquier caso, la crítica literaria hoy es complicada porque está supeditada a diversos factores e intereses. El hecho de que los editores decidan anunciarse en una revista en función del tratamiento que se hace de sus publicaciones la condiciona absolutamente y mientras la crítica sea tributaria de la actualidad editorial, se producirán enfoques sesgados. Se trata de un círculo perverso en el que el crítico queda convertido en un puro transmisor de los *desiderata* de las editoriales, cuando en realidad debería ser el primer lector, el más atento, el más sagaz, siempre desde la independencia. Lamentablemente no sucede así en la mayoría de los casos y la crítica de actualidad conlleva una importante carga de miserias y servidumbres.

Así las cosas, un crítico debería apostar por la honestidad, dentro de la parcialidad y subjetividad a las que está condenado. Y para ello no estaría de más afianzar un discurso aludiendo incluso a los modelos en los que piensa para atacar o defender una obra. Precisamente, respecto a la vinculación de un crítico con la escritura, creo que sería apropiado que los escritores criticaran los textos. En este sentido, recuerdo un artículo de opinión de Javier Marías en *El País*, en el que establecía un decálogo de lo que debía hacer o no un crítico literario. Para él, una de las normas básicas de la crítica consiste en que quien la ejerce no puede ser a su vez escritor. Nada más equivocado. La profesionalización a ultranza de la crítica es sumamente peligrosa, porque empieza a gravitar en torno a intereses extraliterarios –editoriales, económicos–, que impiden la independencia del juicio. No hay más que pensar en críticos impecables –Virginia Woolf, T. S. Eliot, Octavio Paz– y recordar que todos ellos fueron también espléndidos escritores. Definitivamente, el crítico tiene que saber de qué habla cuando tiene delante una obra literaria.

En este panorama desértico, no es de extrañar que haya muchas menos revistas literarias de lo que sería deseable –en los últimos años han desaparecido varias publicaciones de mérito, pienso en *El Urogallo*, en *Ajo blanco* o en *Taifa*–. Indudablemente hay que buscar en este contexto poco favorable proyectos culturales que interesen a un lector preocupado por la cultura, la curiosidad y el ansia de renovación y procurar que el público sea cada vez mayor para poder garantizar empresas literarias como *Quimera*, que tienen por encima de todo el reto de sembrar ideas en un desierto.



Ángel Magaña y Nérida Bilbao en *El muerto falta a la cita* (1944) de Pierre Chenal